

PRÓXIMO NÚMERO:
LA SENTIMENTAL COMEDIA

Injusto desprecio

INTERESANTÍSIMO ASUNTO INTERPRETADO
POR LA BELLÍSIMA Y EXQUISITA ARTISTA
ALMA RUBÉNS Y EL GRAN ACTOR
CONRAD NAGEL

PRODUCCIÓN:
METRO-GOLDWYN-CORPORATION

POSTAL-FOTOGRAFÍA-RECALO:
SHIRLEY MASON

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

SALE TODOS LOS MIÉRCOLES. PRECIO 25 CTS.

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 166

25 cts.



HONRARÁS
A TU PADRE

POR
PATSY RUTH MILLER
CULLEN LANDIS, ETC.

FilmoTeca
de Catalunya

Niu
del
COL·LECCIONISME
de J. Colomer
TOT L'ART IMPRES
AL PAPER
Gravat Antic
Lloris i Revistes
Joguines i Medalles
Objectes Variats
Vinyetes i Postals
ESPECIALISTE AL MON
CRONS DE LA XOLOLATA
MISTOS I TERC
c/ Ferrán, 31 - GUBERNIA
Tel. 302 56 68
BARCELONA-2

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 166

HONRARÁS A TU PADRE

Interesante producción dramática, interpreta-
da por los célebres artistas:

PATSY RUTH MILLER,
CLAUDE GILLINGWATER,
CULLEN LANDIS, etc.

Exclusiva

Metro-Goldwyn Corporation
Rambla de Cataluña, 122 — BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
VICTOR VARKONI



Honrarás a tu padre

Argumento de la película de dicho título

Juan P. Grout, dueño de los "Grandes Almacenes GROUT", sabía, por experiencia, cuán lentamente eleva al hombre el trabajo y lo que cuesta sostener un prestigio económico.

Aunque—dominado por el espíritu del negocio—, el viejo Grout tuviera un genio irresistible, su secretaria, la señorita Frish, lo resistía admirablemente, gracias a su inagotable paciencia.

Los negocios absorbían por entero al viejo comerciante, dirigiéndolos él mismo con mano firme.

Podían olvidársele algunos que otros asuntos particulares, pero nunca nada en absoluto en tocante a lo mercantil.

Así, por ejemplo, un buen día, recordando que un conocido suyo le tenía contraída indirectamente una deuda, se la reclamó, personalmente, para dar más fuerza al "aviso", por teléfono.

Hoben, el aludido deudor, director de la Funeraria de la localidad, acudió en seguida al aparato.

—Oiga, Hoben; ¿cuándo vamos a liquidar esa cuentecita que tiene pendiente su esposa?

—le preguntó el señor Grout.

—¿Mi mujer le debe algo? Pues, señor Grout, lo siento, pero de los compromisos de mi esposa responde ella. Yo soy ajeno, por completo, a esa cuenta.

—Es que me gustaría saldarla a la mayor brevedad, para el balance mensual, ¿comprende usted?

—Lo lamento. Hable con mi esposa. En cuanto a mi intervención en este caso, como no quiera usted que le pague con mis servicios, como enterrador...

—Esa condición no me conviene, y prefiero que me deba usted esa cuenta muchos años.

Claro que el señor Grout no tenía motivo, con el retraso indefinido del pago de la deuda de la esposa de su amigo, para echarse a reír, ni mucho menos; sin embargo, se resignó dócilmente a esperar, y eso que su situación no era, en aquella época, desahogada.

Si para el antiguo comerciante era un legítimo orgullo el haberse elevado con su propio esfuerzo, para su mujer, en cambio, el recuerdo de sus humildes principios le era sumamente desagradable, y renegaba de ellos.

Cinco hijos contaba el matrimonio Grout en su haber; dos varones y tres hembras: Juanito y Fausto, respectivamente, aquéllos; Elisa, Beatriz y Magda, respectivamente, éstas. Solteros todos ellos excepto Elisa, que era viuda

y tenía dos hijos, una linda pareja: los idillos del abuelo.

Magda, preciosísima y menos atacada que



Magda, preciosísima...

(Patsy Ruth Miller)

sus hermanos de delirio de grandezas, estaba loquita de amor por un joven muy simpático, con sólo un grave defecto: su pobreza.

Los amoríos de los dos jóvenes se iban afirmando cada día más en su corazón, y a juzgar

de sus deseos, la sagrada unión no se haría esperar.

Pero tan pronto el secreto trascendió a la familia de la novia, la señora Grout, indignada en su fuero interno, cogió por su cuenta a su hija y le pronunció un sermón de padre y señor mío.

—Ya me temía yo que tú eras capaz de cometer una tontería, pero me resistía a creer que te ibas a enamorar de un hombre que no tiene donde caerse muerto. Este es su retrato, ¿verdad? ¡Valiente cosa!

—Pero, mamá...

—¡Nada! ¿Es que acaso supones que yo puedo consentir que una hija mía se case con un dependiente de los almacenes de su padre?

—Nada más cierto que es un simple dependiente, pero, eso, ¿qué tiene que ver?

—Nuestra posición social exige que busques lo que te corresponde, hija mía. Tu marido puede ser de más elevada alcurnia que tú; nunca inferior.

—Esto es egoísmo, mamá.

—Mi egoísmo está inspirado, hija mía, en tu propio bien.

—Yo sólo deseo que me dejéis amar al hombre que eligió mi corazón. ¡Mírale qué simpático está en la fotografía!

—He dicho que esto se ha de acabar. Esa fotografía, mírala ya.

Oyóse el rasgueo de la cartulina... y los sollozos de Magda al recoger los pedazos.

Luego, prosiguió la polémica:

—¿Acaso papá era un millonario cuando tú te casaste con él?—dijo Magda a su madre.

—¿Por qué me recuerdas el pasado, hija? Ya sé que no era más que un dependiente, pero quiero evitar que tú hagas el disparate que hice yo.

—¡Tú no puedes quejarte, mamá!

—Cuando una puede escoger, debe decidirse por lo mejor.

Los hermanos de Magda, reunidos en el salón con su madre, asistieron a la relatada escena; y, finalmente, se pusieron, como de mutuo acuerdo, de parte de la segunda, lanzándole a la muchacha punzantes sátiras y burlándose de sus modestas pretensiones.

Despechada por la falta de apoyo que incluyese en sus hermanas ella encontraba, Magda les objetó:

—¿Qué tenéis que decir de Seth, mi novio, imbéciles? La capacidad de todos vosotros juntos no llega ni a la suela de su zapato.

—A ti te ciega la pasión, Magda. Acostumbrada al tren de nuestra casa, ¿cómo ibas a vivir con lo que gana ese don Nadie?

—Es que papá está muy satisfecho de sus servicios, y va a aumentarle el sueldo.

—¿Sí, eh? Lo que tu padre va a hacer es despedirlo de la casa — terminó la señora Grout.

Entretanto, en su despacho, el cabeza de aquella numerosa familia, recibía la visita de

un modesto colega aburrido de la vida y con gana de vivir muchos años. ¡Original para-joja!

Dicho colega respondía por el nombre de Georges Cartier, y era propietario del gran bazar en pequeño "El Buen Tono", según él el más acreditado de la localidad, o sea, de Lincoln.

El señor Cartier, que por economía recogía siempre la tarjeta con que se anunciaba, no obtuvo de su entrevista con el señor Grout, el favorable resultado en que confiaba.

—Recoja usted su tarjeta, Cartier—le dijo, apenas le vió, el señor Grout—. Hoy por hoy no necesito comprarle nada. ¿Si quiere fumar?

—No, gracias. En cuanto a mi tarjeta, no es ya necesario que vuelva a mi cartera, porque se me acabó el usarla.

—¿Qué dice usted, que no le entiendo bien?

—Pues, sencillamente, que tengo orden del médico de marcharme a California, y quiero liquidar el negocio.

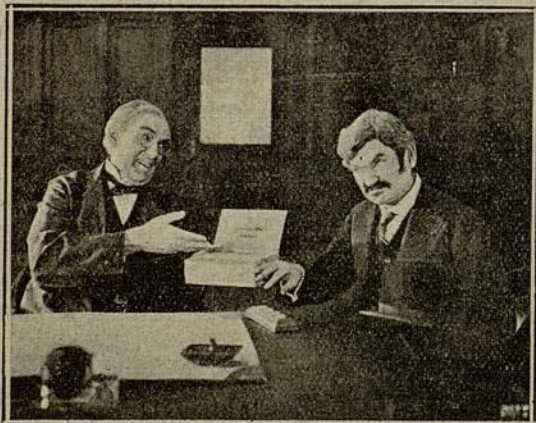
—¡Qué contratiempo para usted!

—Claro; pero ¡qué se le va a hacer! Y yo vine a verle a usted para mostrarle el inventario de lo que hay en mi establecimiento. No encontrará usted una oportunidad como esta para comprar géneros baratos. Fíjese en los precios. Esto es regalar la mercancía.

El señor Grout no prestó mucha atención a esa ganga, pero sí la bastante para comprobar

que lo era, y contestó categóricamente a su modesto colega:

—Reconozco, Cartier, que me ofrece usted un verdadero obsequio, mas en estos momentos necesito el efectivo para atenciones más perentorias.



—No, gracias. En cuanto a mi tarjeta, no es ya necesario que vuelva a mi cartera.

Fué en vano que el señor Cartier suplicó al señor Grout que se quedara con los géneros que tenía en venta, incluso concediéndole alguna pequeña rebaja global, pues el segundo no añadió ni una coma a su negativa.

Marchóse el buen hombre del bazar, muy

preocupado, y casi al mismo tiempo, el cajero del señor Grout le decía a éste:

—Me permito hacer presente al señor que esta letra está vencida, y los fondos no alcanzan para pagarla. ¿Qué hacemos?

—Ya lo sabía, Sistaks, y he pensado que la mejor solución es sacrificar una parte de las existencias en almacén, para salvar el crédito de mi firma. Haga anunciar una venta, a precios de saldo, de todos los géneros de punto.

—Al momento.

—Pues, señor, ¡hasta cuándo va a durar esta crisis!—dijo para sus adentros el viejo comerciante, agobiado de números.

Menos mal si el señor Grout no tuviese más mareo que el de las matemáticas mercantiles, que al fin y al cabo eran su elemento; otra carga, bastante más pesada, le doblaba las espaldas sin compasión: los vicios de sus hijos.

Cinco eran éstos, hemos dicho, y el que no despilfarraba por un lado, lo hacía por otro.

Así, por ejemplo, Juanito decía que los billetes son aviadores, y apenas caían en sus manos, los hacía volar.

Juanito fué, tal vez porque era el mayor, el primero que, aquel día de visita general, se personó en el despacho de su padre, para aligerarle de peso la cartera.

—Me encuentro en un apuro, papá, y desearía de tu bondad que me ayudas.

—Si se trata de una cantidad sin importancia...

—No, papá. La suma que necesito es crecida... Unos cinco mil dólares.

—¡Caramba! Lo siento, hijo mío. No puedo. Ahora mismo he tenido que rechazar la proposición más ventajosa de mi vida comercial, por no tener dinero para aceptarla.

—Haz un esfuerzo, papá. Si no me das el dinero, me arruino.

—Y si te lo diera, me arruinaría yo. ¡Palabra!

—Piensa, papá, que esta cantidad es parte de un depósito que me confió una mujer, y que ahora tengo que devolverle íntegro, para evitar el escándalo con que me amenaza.

—¿Tan grave es tu asunto, Juan? Espera. Déjame reflexionar.

El timbre del teléfono interrumpió la plática.

El señor Grout se aplicó el auricular a la oreja, y escuchó, impasible en apariencia, lo que le comunicaban por hilo.

Después, sobreponiéndose a su agitado ánimo, manifestó a su hijo:

—No me faltaba más que esto. Me han telefonado que ha hecho suspensión de pagos una casa que me debe casi la misma suma que tú me pides. ¡Tendrás mala suerte!

—¡Por favor, papá, dame una esperanza!

Fausto, que dedicaba su talento a escribir ripios y a "sablear" a su padre, entrevistóse, a su vez, con él, sin detenerse a reparar en el malhumor de su hermano.

—¡Hola, papá! Aquí tienes al pobrecito artista.

—Qué caro te resulta ser bohemio, ¿verdad?

—Modestia aparte, soy de los que saben el valor que tiene una peseta.

—Ese valor lo sé ya por todos, querrás decir. ¿Y qué dinero quieres tú?

—El que puedas... desde un mínimo con cesos...

—Queda anotado.

—Prefiero que me des ahora el metálico.

—Si me fuera posible, ya tendrías los billetes en tu bolsillo... pero debes esperar.

Como Elisa y Beatriz también precisaban fondos, no dejaron de ir a pedírselos a su padre.

—¿Cuánto quieres tú, Elisa? ¿Cien? Los apunto. ¿Y tú, Beatriz? ¿Cien más? También los añado a la lista.

Y seguía la racha. La última en llegar al despacho de su padre fué Magda, al tiempo que sus hermanos salían de él.

—¿Qué cantidad quieres tú?—le preguntó el señor Grout al verla.

Magda se abrazó a él y, cariñosa, le respondió:

—Yo no vengo en busca de dinero, papá.

—¡Ah!, ¿no? ¡Milagro!

—¿Por qué?

—Hasta ahora estuve apuntando cifras de tus hermanos.

—Yo vengo a pedirte un poco de conside-

ración en otro sentido que el vulgar material.

—¿De qué se trata?

—¿Te ha llamado ya mamá al teléfono?

—¿A mí? No. Calla. Puede que sea ella quien me llama en este momento... Sí... lo es, Magda... ¿Qué se te ofrece, Isabel?

—Dime, Juan; ¿tienes algún dependiente llamado Seth Smith?

—Sí.

—Es preciso que lo despidas inmediatamente.

—¿Qué? Pero, Isabel, ¿cómo voy a despedir a ese muchacho si no ha cometido más falta que la de ser el mejor empleado de la casa?

—Te repito que es absolutamente necesario que lo despidas. Te bastará saber que nuestra hija Magda se ha puesto tonta con él. No dudo de que reconocerás que esas relaciones son absurdas.

—Déjame hacer a mí. Has hecho bien en avisarme, Isabel, porque es siempre mejor cortar las cosas en sus comienzos.

—Despedirás a ese Seth, ¿eh?

—Sí, mujer; desde luego: lo despediré.

Cesó la comunicación telefónica, y entonces Magda, triste y medrosa, suplicó a su padre que no tomase ninguna decisión respecto a Seth, antes de escucharla.

—Sé que vas a decirme que le quieres mucho—respondió el señor Grout a su hija—, y puedes dispensarte de hablar en vano. Ni tú ni ninguno de vosotros podéis dudar de mi

cariño, y en defensa de tu bienestar te digo que esa aventurilla con Seth debe desaparecer en el acto. Este es el criterio y la orden de mamá, los cuales tú, que has sido siempre una niña muy obediente, acatarás.

—Papá, te agradezco el buen concepto en que me tienes, y como, además, te consta que soy sincera en todas mis manifestaciones, te advierto que puedes hacer lo que quieras, pero yo estoy decidida a casarme con Seth, aun que tenga muchas privaciones.

—Bueno, bueno. Tú harás lo que se te mande, y ahora mismo vas a oír lo que le digo a ese muchacho que se ha atrevido a hacer la corte a la hija de su principal.

—Papá, mira que yo ya no soy una niña.

El señor Grout, fijo en su idea, llamó a su presencia a Seth, y ante Magda, que temblaba de angustia, le habló de esta manera, sin atreverse a mirarle a los ojos, pues íntimamente sentía que era muy violenta su situación:

—Me es grato decirle, señor Smith, que estoy altamente satisfecho de sus servicios...

—Muchas gracias, señor Grout.

—Pero no ignora usted que los negocios están muy paralizados, y me veo obligado a reducir gastos. De modo que, lamentándolo sobremanera, hasta nueva orden tengo que prescindir de sus servicios.

Seth palideció y consultó con la mirada a

Magda, acaso comprendiendo el verdadero motivo de su despedida.

El señor Grout procuraba, muy torpemente por cierto, adoptar una actitud propia de la circunstancia, para amilanar a su hija.

Pero Magda, que lo que tenía en el corazón lo trasladaba a los labios, devolvió a la vida a su novio, pues le dijo:

—No te importe, Seth, lo que te ocurre con mi padre, porque esto no entibiará en lo más mínimo mi cariño. Si quieres, nos casaremos esta misma tarde.

Seth, envalentonado por la seguridad del amor de Magda, se abrazó a ella, y entonces el señor Grout, que, dicho sea en honor a la verdad, había tomado, contra su voluntad, tan dolorosa medida con su leal dependiente, echó una mirada a su pasado, y recordó que no era él más rico que el novio de su hija cuando estableció su modesta tienda, que fué prosperando poco a poco hasta convertirse en grandes almacenes.

Mientras, Seth le decía a Magda:

—Nunca te agradeceré bastante, amada mía, esa prueba de amor; pero comprendo que no tengo derecho a hacerte partícipe de mi pobreza.

Esas palabras, dignas de un buen muchacho, le llegaron al corazón al señor Grout, y como en aquel momento sus ojos se posaban en la tarjeta que le dejara encima de la mesa

su colega Cartier, el propietario de "El Buen Tono", se acercó a Seth y le dijo:

—Cartier, al que usted de sobra conoce, vende su bazar baratísimo, pero al contado. Si usted tuviera algunos fondos...

Seth sacóse en el acto un cuaderno de bolsillo en el que llevaba su contabilidad particular, como hombre ordenado, y respondió:

—Dispongo de 673 dólares, señor Grout.

Magda miraba alternativamente a su padre y a su novio. ¿Qué significaba aquello?

—Claro está que, el suyo, es muy poco capital para comprarle el negocio a Cartier, Seth —prosiguió el señor Grout—. Pero para todo puede haber solución. Que le diga el último precio—nadie mejor que usted para lograr el mejor—, y yo le daré el dinero que le falte.

Magda estaba asombrada, lo mismo que Seth, que, desconcertado, contestó:

—Su oferta me conmueve, señor Grout, pero debo decirle que yo no tengo garantías para responder del dinero que usted me dé.

—La mejor garantía de un hombre es su propia honradez.

—No sé cómo expresarle mi agradecimiento, señor Grout.

—¡Papá, mi buen papá!—exclamó Magda—. Ya sabía yo que tú me quieres lo bastante para hacerme dichosa. Tu buena disposición en favor nuestro lo demuestra; sin embargo, como estoy enterada de la crisis que estás atravesando, ni Seth ni yo queremos exponer-

te a una quiebra obligándote a distraer dinero de tus asuntos.

—Eso no debe preocuparte, Magda. Mi única ambición ha sido siempre laborar por la felicidad de la madre y por la vuestra.

Los novios colmaban de bendiciones al buen padre, y su alegría no tenía límite.

Cuando el señor Grout quedó solo en su despacho, con su secretario, se reconcentró unos momentos en sí, y el justo temor de que su proceder no merecería la aprobación de su mujer, se vió compensado por el consuelo que le daba el pensar que con su conducta alentaba y sostenía una noble ilusión.

Después, el señor Grout, para preaver a todos los suyos contra los funestos designios del destino, siempre latentes y siempre ignorados, vació de pólizas de seguro una cajita de metal que guardaba en la caja de seguridad, y se marchó hacia el Banco, con la intención de sacar algunas pólizas más, enterando a su secretaria del motivo de su salida del despacho, por si acaso llegara alguien durante su ausencia.

Seth, tan pronto dejó a Magda cerca de su casa, se dirigió hacia el bazar del señor Cartier, encontrando a éste revolviendo papeles y facturas.

En una tarjeta, Seth escribió, debajo de su nombre, que era un ex empleado de la casa Grout, y el señor Cartier, suponiendo que iba

a pedirle un empleo, lo puso al corriente de su situación:

—Lo siento mucho, joven, pero no puedo colocarle a usted. Mi negocio está atravesando una crisis terrible. ¿Ve usted lo nervioso que estoy? Pues si esto dura mucho, me vuelvo



Los novios colmaban de bendiciones al buen padre, y su alegría no tenía límite.

loco.

—No trato de eso, señor Cartier. Yo he venido a proponerle la compra del negocio, pero veo esto a plan barrido...

—¡Ah! ¿Usted quiere comprarme el negocio? Eso ya es otra cosa. En este caso no puedo engañarle. Recargué lo de la crisis para

disculparme mejor de no tomarle a usted a mi servicio. Lo cierto es que debo marcharme, por razones de salud. En cuanto a la venta que hay en mi tienda, es buena, y cuidando del negocio con buena mano, sería excelente.

—Yo no dispongo de gran capital, pero sí de la garantía de importantes firmas comerciales.

—Venga al almacén y verá las existencias que quedan.

En tanto, el señor Grout encontraba a sus dos nietos en la farmacia, a donde los había enviado Elisa en busca de unos sellos para curarse el dolor de cabeza que con frecuencia la molestaba, y se sonrió piadosamente al verlos tomarse un refresco en la sección correspondiente de la tienda. Ese era un detalle de cómo sus hijos toleraban que se malgastase el dinero. En cambio él, hasta en sus enfermedades buscaba la economía, curándose con cualquier breva.

Después de haber visitado el almacén del señor Cartier, Seth le discutió el precio, ballando por conseguir que se lo rebajase aun más, y quedaron, el primero en que no rebajaba ni un céntimo de lo que pedía, y el segundo en que estudiaría el asunto con su socio y le llevaría a aquél la contestación.

En casa del señor Grout, su familia le esperaba desde hacía un buen rato.

No faltaba nadie más que él, para cenar.

Todos iban vestidos de rigurosa etiqueta,

pues ni por todo el oro del mundo se hubieran sentado de otro modo los Grout a la mesa.

Doña Isabel no se había olvidado de preguntarle a su hija si su padre había dado cumplimiento a sus órdenes respecto al despido de Seth, y Magda, sin vacilar, respondió que sí.



Ese era un detalle de cómo sus hijos toleraban que se malgastase el dinero.

Lo que se guardó de decirle era que, aunque despedido de la casa, Seth seguía en las mismas buenas relaciones de amistad que antes con el señor Grout, que incluso lo protegía para que se pudieran casar pronto.

Al fin llegó a su casa el pobre viejo, que

anduvo errante, indeciso y medio atolondrado, hasta que sus pies lo arrastraron maquinalmente a ella.

Los nietos se le echaron al cuello, y con ellos jugó el abuelito, paseando al más pequeño sobre sus débiles espaldas.



...le fué a decir lo que su madre le había preguntado acerca de Seth y lo que ella le contestara.

Los mayores, excepto Magda, que adoraba en él por las innúmeras muestras de bondad que le había dado y que al verle le fué a decir lo que su madre le había preguntado acerca de Seth y lo que ella le contestara, criticaban al padre:

—Por papá no pasa el tiempo; siempre se cree el primer dependiente de la casa. Como que para él el *smoking* es una camisa de fuerza.

El viejo comerciante avanzó lentamente hacia ellos, haciendo esfuerzos por ocultar el abandono que, aquella noche más que nunca, sentía en sus fuerzas. Ese abandono físico interesó también la parte moral, y echando de menos su sillón de antaño, menos lujoso que los modernos pero más cómodo, el sillón por cuyos brazos se dejó abrazar tantas veces, no pudo reprimir sus nervios, y su voz alzóse en protesta:

—¡No sé cuándo os vais a cansar de hacer reformas en esta casa! Ya no tengo ni un rincón mío donde descansar con libertad. ¡Y todo a fuerza de dinero! ¡Todos sois iguales! ¡Todos adornáis vuestros pies con zapatos de lujo, a costa de mis pobres botas!

—¿No te encuentras bien, papá?—inquirió de él dulcemente Magda, mientras sus hermanas y los nietos, para que se apiadaran de ellos, se quejaban de jaqueca, dolor de muelas o de pies.

—No debió sentármese bien la comida. Me iré a la cama, a ver si puedo descansar.

—¿No cenas con nosotros?—le dijo doña Isabel.

—No ceno... porque no creo que deba comer si no me encuentro bien.

—Vayamos, pues, nosotros a la mesa, hijos

míos. Bautista viene a anunciarnos que ya está servida.

El señor Grout se quedó solo en el salón, cerca del hogar, y se tumbó, lleno de fatiga, en el diván, mas no encontrando ninguna posición cómoda para reposar en paz, decidió



—¿No te encuentras bien, papá?

subir a su habitación. Antes de ello, había escondido en un cojín, introduciéndolas por el forro un algo descosido, las pólizas de seguro que se llevara de su despacho para depositarlas en el Banco junto con las nuevas que iba a extender. Como, una vez en la calle, se distrajo de ir al Banco, para entregarse a sus profundas cavilaciones, había regresado a su casa

con esas pólizas, y si las escondió en el citado cojín del diván fué con la intención de volvérselas a llevar al día siguiente.

Completamente abatido, el señor Grout subió las escaleras que conducían al piso donde se hallaba su aposento, pero al llegar arriba,



Completamente abatido, el señor Grout subió las escaleras que conducían al piso donde se hallaba su aposento.

no pudo más, y se desplomó al suelo.

Después de cenar, los hijos — exceptuando siempre a Magda — y doña Isabel comentaron torpemente una costumbre, mala, según ellos, del pobre viejo.

—No hay quien le cure a papá la manía del gasto de luz. Para encontrarle por la noche basta seguir la dirección de las luces apagadas.

—En esto se conoce que papá es hombre de pocas luces. Presiento que ha de morir a oscuras.

Nadie sospechaba la sorpresa que iban a recibir al llegar al piso superior.

El efecto que les produjo a todos el hallar tendido en el suelo al buen viejo, fué emocionantísimo.

Doña Isabel, rápidamente, se arrodilló junto a su marido, y le ayudó a incorporarse, diciéndole:

—¿Por qué no me dijiste, pobrecito mío, que estabas enfermo?

El señor Grout trató de sonreír, mas sus fuerzas le hicieron, de nuevo, traición.

Y temblando ante el peligro que antes no supo ver, doña Isabel comprendió que no había cariño comparable con el de su esposo, tan despiadadamente satirizado por ella y sus hijos.

En el acto se condujo al enfermo a su habitación—la única de la casa que conservaba su primitiva severidad por no haber llegado a ella las manos irreverentes de los tapiceros—, y se llamó al médico con urgencia.

—He obtenido del señor Cartier unas condiciones de compra increíbles. Si tu padre me

presta el dinero que me falta, creo que se lo podré devolver muy pronto—le decía al día siguiente Seth a Magda.

—Mi padre está gravísimo, Seth. Ayer noche sufrió un ataque cardíaco. ¿Quién le habla ahora de estas cosas?

—¿Cómo fué eso? ¿Algún disgusto?

—Papá necesitaba ver en todos nosotros más cariño y menos interés. ¡Sólo deseábamos verle cuando necesitábamos de él! ¡Pobre papá! ¡Cuánto hemos abusado de su bondad!

—No puedes figurarte lo mucho que siento la enfermedad de tu padre, Magda, y por mi parte no le voy a marear con cifras ni aun cuando se restablezca.

—¿Qué vas a hacer, Seth?

—Verme de nuevo con el señor Cartier. ¡Somos muy amigos! Tengo fe en quedarme con su negocio por mí mismo.

—Pero ¿cómo?...

—Las palabras también tienen valor, estimada Magda.

Al poco rato, el señor Cartier recibía otra vez en su despacho a Seth.

—Qué, ¿está usted ya en fondos, señor Seth?

—Desengáñese, señor Cartier. Lo que a usted le conviene es que yo me haga cargo de la tienda. Verá el impulso que le doy al negocio. Su porvenir, en cambio, está en California. Entérese de este anuncio, y dígame si esto no es ofrecer duros a cuatro pesetas. Yo

le pago a usted el viaje redondo a San Francisco. Si una vez allí ve que no defiendo bien sus intereses, vuelve a exigirme responsabilidades.

—¿De modo que usted quiere comprar mi negocio sin soltar una peseta, como si fuera un regalo de Pascuas, verdad? A ese precio no doy yo a nadie ni los “buenos días”. Vaya usted con Dios.

Sin embargo, el señor Cartier, en ausencia de Seth, leyó un anuncio referente a los negocios que se podían hacer en California, y a la agradable temperatura de que se disfrutaba allí.

Y quiso la casualidad que el propietario del bazar en venta viese, unos días más tarde, a Seth hablando con el director del Banco, a quien conocía por haberle llevado alguna vez alguna carta del señor Grout, y a quien detuvo para que, fingiendo que eran muy amigos, el dueño del bazar le acabara de otorgar su confianza.

Así fué, en efecto, que bien supo Seth meter en la cabeza del señor Cartier que él ganaría mucho dinero al frente de su establecimiento, y que le mandaría religiosamente a California el importe de los beneficios.

Eso, por un lado.

Por el otro, las cosas eran muy distintas, porque la enfermedad del señor Grout tenía un proceso de bastante duración.

—¡El cojín! ¡El cojín! ¡Están en el cojín!
—gritaba a menudo el enfermo.

Pero nadie comprendía que aquella exclamación significaba que las pólizas de seguro de vida, incapacidad, enfermedad y demás perjuicios que el destino le pudiese inferir, estaban escondidas en el cojín del diván, junto con las que correspondían al resto de la familia. Esas pólizas, en caso de muerte suya, aseguraban a todos una herencia.

Juanito y Fausto, necesitando hacerse de dinero, se apoderaron de las llaves de la caja, pasando por encima de la oposición que les hicieron el cajero y la secretaria del enfermo, que los conocían.

La caja fué hallada vacía, y como Juan recordaba que su padre tenía las pólizas de seguro salvadoras, preguntó por ellas.

—Aquí faltan unos valores. ¿Dónde están?

—El señor Grout retiró las pólizas de la caja el mismo día que cayó enfermo, para llevarlas al Banco; pero no llegó a ir. Seguramente se las llevaría a su casa.

Juan y Fausto volvieron afanosamente a su hogar, y en vano la insaciable codicia de unos hijos sin freno revolvió la casa de arriba a abajo para encontrar los preciados valores.

Mientras que, en los períodos más agudos de la fiebre, veía el infeliz enfermo que una avalancha de facturas impagadas le envolvía, como blanco sudario.

Doña Isabel, arrepentida de sus errores, no

se separaba un momento del lecho de su esposo, y rogaba a Dios que lo curase pronto.

Ahora que su conciencia se abría a la razón, doña Isabel reconocía que no tuvo nunca nada que envidiar a la más feliz novia ni a la más dichosa esposa, porque Juan, su Juan, fué en todo momento un modelo de hombre y la amó siempre con inmensa ternura, y asimismo a sus hijos, por cuyo bienestar gustoso lo sacrificó todo... hasta ocurrir la hecatombe. Y aun en sus instantes de crisis, pedía el buen padre que sus hijos no fueran infelices.

Doña Isabel, durante la enfermedad de su esposo, tuvo ocasión de mejor conocer a sus hijos, y prometió cuidar de reformarlos, secundando así el deseo de siempre del buen padre, que nunca fué partidario de las grandezas, sino del trabajo.

Así, doña Isabel prometió a la mujer de cuya confianza Juanito abusara, que se le pagaría la deuda que aquél tenía contraída con ella, para salvar el buen nombre de la familia.

Una noche, el médico fué requerido con toda prisa para visitar al enfermo, cuya temperatura había descendido rápidamente.

Sintiéndose morir, el hombre ecónomo se reveló el mismo de siempre por amor a los suyos, pues le dijo a su esposa:

—Antes de morir, voy a exponerte, Isabel, mi último deseo: no gastéis en mi entierro

ni una peseta. Protestaría desde el otro mundo.

—¿Quieres callarte, Juan?

—No, Isabel. Debes saber que el director de la Funeraria, señor Hoben, tiene una cuentecita pendiente conmigo que nunca me hubiese pagado. Que corran a su cargo los funerales, y así se la cobro.

Seth, que estaba aquella noche en la casa, con permiso de doña Isabel, tuvo ocasión de separar a Juan y Fausto, que se peleaban como lobos por arrebatarse el primero al segundo las pólizas que éste acababa de encontrar, casualmente, en el cojín donde las escondiera el enfermo, y se quedó con los valores, diciéndole a Juan, que era el peor:

—Estos documentos los tiene más seguros en mi poder su propietario que en el de usted.

Y Juan, avergonzado, se ocultó el rostro.

Afortunadamente, vencida la crisis de la enfermedad, pronto entró el señor Gront en el período de franca convalecencia, durante el cual fué inspeccionando la marcha del negocio.

El hijo que más sermón se merecía, Juan, prometió enmendarse trabajando al lado de su padre, y éste, en recompensa, cumpliría con el acreedor que aquél tenía.

Los demás hijos seguirían el buen ejemplo de su madre, y la felicidad volvería a reinar en absoluto.

También Seth había tenido suerte. El negocio iba viento en popa y el señor Cartier le había escrito desde California que aceptaba venderle el negocio a plazos, pues él se quedaba en el país del oro.

Así, pues, Magda no tenía más que hablar



—¡Caramba, chico, qué bien te sienta este papel de tirano!

para decidir la boda, y un buen día se presentó en el despacho de su novio sin anunciarse.

Seth, que se había vuelto muy severo, porque era principal, miró con reproche a Magda y riñó a su secretaria por permitir que entrasen en la oficina personas desconocidas.

Magda se puso también seria, y sin rodcos expuso el motivo de su visita:

—He venido a ver si liquidamos aquella cuenta antigua que tenemos pendiente.

—¿Una cuenta? ¡A mí qué me cuenta!

—¡Caramba, chico, qué bien te sienta este



...y lo iba a recoger al despacho, para pasear un rato con él antes de regresar a casa.

papel de tirano!

—¿Verdad que sí, tesoro mío?

Y la secretaria, que estaba allí, ahuecó el ala. ¡Cualquiera resistía aquella escenita!

También doña Isabel se ocupaba de la felicidad de su marido, y lo iba a recoger al des-

pacho, para pasear un rato con él antes de regresar a casa.

Una de esas veces, doña Isabel mostró a su marido este artículo del periódico:

El joven poeta Fausto Grout acaba de publicar en la revista mensual "El Atlántico" un inspirado soneto. Su privilegiado numen poético ha de ser un auxilio poderoso para redactar los anuncios de propaganda de los grandes almacenes de su padre.

Y galante, el señor Grout dijo a su esposa:

—Desengáñate, Isabel; no hay en el mundo hijos tan listos como los nuestros. Han sacado todos el talento de su madre.

Y no cabía más amor en esas palabras.

FIN

Prohibida la reproducción

Reservado por la censura gubernativa.

Pida usted en su kiosco el núm. 3 de la original publicación semanal de

BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS DE LA PANTALLA

LA NOVELA ÍNTIMA CINEMATOGRAFICA

Contiene la biografía de la gentil estrella
LILLIAN GISH

Interesantes datos y fotografías. — Regalo de una
lujosa postal. — Precio popular: 35 céntimos